

Posfascistas, esquizofascistas y Fake progressives. Los dilemas de la nueva ultraderecha, 1990-2020

Veiga Rodríguez, Francisco

Universitat Autònoma de Barcelona

El decaimiento de la izquierda tras el final de la Guerra Fría, y el auge de la ultraderecha a partir de la crisis de 2008 han llevado al surgimiento de un territorio políticamente gris en el cual acampan conceptos como populismo, rojipardismo, nazbol, fake progressives, esquizofascismo y, sobre todo, posfacismo. Esa situación ha dado lugar a una acumulación de confusiones conceptuales. El común de la población tiende a utilizar el término “fascista” como un insulto o una forma de expresar desaprobación. “Fascista” se carga de una amplia gama de sentidos peyorativos con un fuerte componente emocional que puede descender hasta incluir a lo vetusto o lo carca.

En cambio, los estudiosos tienden a considerar que aquello que se identifica como fascista es o bien una reproducción más o menos calcada del fascismo histórico, o una mera prolongación del neofascismo del periodo 1945-1989; lo cual, hasta el momento, está resultando cuestionable, al menos en parte.

“Tercera posición”: *nazbols*, rojipardos

El punto de partida más sólido para resolver las categorizaciones es la mayor o menor pervivencia de la izquierda en aquellos países o regiones a estudiar. Si la ultraderecha clásica se desarrolló a partir del impacto de la Gran Recesión de 2008, con creciente representación en los parlamentos europeos a partir de 2014, en parte se debió a la incapacidad de la izquierda para dar una respuesta eficaz a la crisis, lo que propició la reactivación gradual de un fenómeno que ya había acompañado al nacimiento del fascismo histórico sobre todo en su variante nacional-socialista. Pero es que además, el colapso de los Estados de corte soviético y el fracaso de la alternativa neoliberal en la Rusia de Yeltsin, reconvirtió a miles de ciudadanos del Este en seguidores de alternativas políticas de corte “tercera posición”. Esa no era una alternativa nueva. Fue el caso de Ernst Niekisch

y su revista *Widerstand*, en la Alemania de los años treinta, el primer nacional-bolchevique notorio y artífice de esa “tercera posición”. A partir de ahí, en Francia llegó a surgir un partido político, Troisième Voie, en 1985, por obra del editor Jean-Gilles Malliarakis; y de hecho, el mismo peronismo argentino estaba conformado por planteamientos de tercera vía que en su vertiente de política exterior aprovechaba el no alineamiento.

En cualquier caso, la constante de fondo era que la tercera posición se situaba, efectivamente, entre la derecha e izquierda radicales. Sin embargo, en nuestros días, con el derrumbe progresivo de la izquierda esa tercera posición ha ido pasando a ocupar una situación central o incluso de centro izquierda en el abanico de los partidos y movimientos de ultraderecha.

Tal tendencia recibe hoy en día el apelativo de “rojipardismo” aunque la variante rusa, que durante los años noventa del siglo pasado tuvo pretensiones de modélica se conoce por el apócope de “nazbol”, esto es, nacional-bolchevique.

El impacto de los nazbol rusos se basó en la existencia de un partido formalmente constituido con esa denominación: el Partido Nacional-Bolchevique de 1993. Su éxito le debía mucho a la transgresora figura de su fundador, Eduard Limonov. Aparte de su borrascoso pasado como poeta y novelista, que había vivido en parte en el extranjero, entre Nueva York y París, Limonov tenía en 1993 un claro perfil de nacionalista que había reencontrado su destino tras regresar a Rusia en 1992. Pero sus pinitos en el mundo político los hizo junto a Jirinovski, como consejero. Bajo la tormenta que significó el golpe de Yeltin en octubre de 1993, la contracultura rusa de derecha e izquierda salió a las calles y se organizó conjuntamente para la resistencia activa. En medio de esa corriente estaban los *nazbol*, esto es, los nacional-bolcheviques, con su característico estilo de protesta violenta y cultura de la agresividad gestual.

Su líder era un personaje iconoclasta y narcisista cuyo alias aludía a la granada de mano de fragmentación –la “*limonka*”, de ahí “Limonov”¹– con un conocido pasado escabroso como poeta y novelista, y que con cincuenta años –cuando creó la alternativa nacional-bolchevique en 1993– seguía siendo teniendo un innegable tirón entre la juventud con sus cambios de look y un gran talento para la provocación. Además, se alinearon con su partido diversas bandas de rock.

Pero sobre todo, el éxito del Partido Nacional Bolchevique, y no sólo en Rusia, radicó en su calculada capacidad de provocación. Reivindicaba a Lenin, Stalin, Beria, la Revolución rusa y la cultura soviética, a los grupos terroristas de ultraderecha e izquierda radical de los años setenta del siglo XX, al anarquismo e incluso a Charles Manson. Exaltaba la violencia como algo necesario y positivo, la culminación de la existencia humana, mientras saludaban como fascistas o comunistas, y su enseña incluía la hoz y el mar-

1 El verdadero apellido de Limonov es Savenko

tillo sobre el fondo de la bandera nazi. En 1995, en *Limonka* se podían leer las siguientes definiciones de fascismo:

Fascismo es pesimismo activo; fascismo es nacionalismo de izquierdas; fascismo es romanticismo social [...] es impulso futurista [...] es deseo de morir [...] la celebración del estilo heroico [...] es anarquismo más totalitarismo [...] lealtad a las raíces y aspiración de futuro²

La exaltación romántica de la acción, el culto a la violencia y a la insurrección –no solo en Rusia: hubo tentativas en Letonia, Ucrania y Kazajistán– hacían que apareciera en ocasiones como anarquista. Pero los *nazbol* abogaban por la dictadura, eran irredentistas y protagonizaron ataques contra extranjeros y feministas. Se decían anti-Putin pero enviaron voluntarios a varias de las nuevas guerras en las que Moscú aparecía comprometido: Bosnia, Chechenia, Ucrania e incluso muchos años más tarde, no faltaron algunos “limonovtsy” en Siria, aunque el partido fue disuelto ya en 2005 y prohibido por extremista y violento.

El éxito de los *nazbol* fue siempre muy superior al de su representatividad real, porque esta era difícil de medir. Se basaba en la transgresión a todos los niveles, incluyendo el estético, algo que obtenía réditos dentro y fuera de Rusia, como había sucedido con el grupo esloveno *Leibach*, etiquetado como de “música industrial” y que había nacido como una asociación cultural en 1980 en Trbovlje, un pueblo minero que durante décadas se había considerado bastión de la vanguardia obrera a escala de todo el Estado yugoslavo. Y por supuesto que declararse seguidor de *Leibach* o de Yegor Letov no implicaba, a priori, casarse con ninguna tendencia política.

Pero en los años noventa y más tarde, el Partido Nacional-Bolchevique tuvo un impacto simbólico-político superior al que podían rentarle sus 5.000 militantes. Desde luego, el resultado final de toda la receta era un partido claramente neofascista –y no neonazi, por cuanto el antisemitismo no estaba entre su arsenal. Más allá del postureo y la exhibición de hoces y martillos como efecto escenográfico, o los póster de Stalin con la *kolovrat* –rueda mitológica de los eslavos y símbolo del neopaganismo ultranacionalista– el bolchevismo brillaba por su ausencia. En esencia, los *nazbol* erigían su partido sobre la burla al soviétismo. Venía a ser un experimento nacional-antisistema, un producto político que no tardaría en extenderse por Europa aunque con más pretensiones de seriedad.

Cabe añadir que se manejaron supuestos orígenes históricos en la “tercera vía” rusa, como el profesor Nikolay Vasilyevich Ustryalov y sus seguidores, los *Smenovejovtsy*. El nombre les venía de la revista *Smena Veh* (*Cambio de hitos*) que se había comenzado a publicar entre los exiliados blancos en Praga, en 1921. Título que, a su vez, enlazaba con el de la colección de ensayos que ostentaban el título común de *Veji* (o *Vehi*), esto es, “Hitos”, y que se habían publicado en 1909, editados por el filósofo, politólogo e historiador Mijail Gershenzon y por Pyotr Struve, economista y filósofo marxista (luego liberal). Del análisis de diversas problemáticas relacionadas con el desarrollo e inquietudes de la intelligentsia se desprendía que Rusia había alcanzado determinados hitos y estaba preparada para pasar a una nueva fase de cambios en su historia.

Nada de eso estaba realmente presente, al menos de forma explícita, en el universo de Limonov, casi un siglo más tarde. El nacional-bolchevismo era, simplemente, la manifestación más ruidosa y atrevida –casi a escala de caricatura– del rumbo que estaba tomando la ultraderecha rusa en general como alternativa al enorme legado del marxismo-leninismo de la era soviética. Al final en la fórmula *nazbol* había vencido la mitad ultranacionalista, pero no sin incorporar una simbología, una gestualidad populista.

2 Cit. en Marlène Laruelle, *Russian Nationalism. Imaginaries, Doctrines and Political Battlefields*, Routledge, 2019.

La “tercera posición” emergió de forma fluida en Europa del Este como consecuencia del colapso de los regímenes de corte soviético, siguiendo una tendencia natural que era consecuente con la decadencia de los partidos comunistas en los diversos países, los cuales se vieron compelidos a “inyectar” dosis crecientes de nacionalismo en sus respectivos discursos. Tras el colapso final del Bloque del Este en 1991 se produjo una evolución paradójica. De un lado, a partir de 2004 los países de la Europa oriental se integraron en la Unión Europea y durante un tiempo su vida política, ya configurada en la pluralidad democrática, arrinconó las excentricidades radicales propias de la transición postsoviética. Pero en Rusia, como consecuencia del temprano fracaso de las reformas neoliberales auspiciadas por Yeltsin, la ultraderecha y las variantes *nazbol* se fueron volviendo hegemónicas. De hecho, comenzaron a ser contempladas con agrado desde Occidente por parte de intelectuales e ideólogos nostálgicos adscritos a una izquierda radical arrinconada que querían ver a Putin como el adalid de un retorno a la Rusia soviética.

Ese fenómeno se agudizó conforme se extendían los efectos de la Gran Recesión de 2008 y sobre todo, en torno a la crisis griega de 2010. Las críticas a la Unión Europea, a los “hombres de negro” o a la canciller Merkel, unieron a la izquierda de Syriza con la derecha nacionalista dura de Griegos Independientes (ANEL). Desde Alemania, que por entonces llevaba la voz cantante en la aplicación de las políticas de austeridad en la UE también surgieron críticas a los griegos, que incluían consideraciones supremacistas. El resultado fue la combinación –e incluso alianza ocasional– de posturas de izquierda radical y ultraderecha. El debate se trasladó rápidamente a Bruselas, anidando en el Parlamento Europeo en años sucesivos, lo cual tuvo su responsabilidad en el auge de la ultraderecha.

A partir de aquí, cobran vuelo en Europa las actitudes rojipardistas o *nazbol* protagonizadas por políticos bien de izquierda radical o por ultranacionalistas que se presentan como izquierdistas o progresistas. La descomposición ideológica de la izquierda que se centra en lo que Daniel Bernabé denomina *La trampa de la diversidad* (Akal, 2018), contribuye mucho a ello. El auge de las redes sociales discurre en paralelo a los problemas que aquejan a la gran prensa comercial durante la Gran Recesión, la cual recibe la puntilla durante la pandemia del coronavirus en la segunda mitad del 2020. La viralidad de las fake news añade confusión al debate político entre la población al contribuir a la desinformación incontrolable o aprovechada por políticos sin escrúpulos para lanzar campañas mendaces.

La cara más visible de ello es el auge de los populismos, lo que en realidad hace referencia a políticos populistas más en concreto, dado que el populismo es puro oportunismo y adaptación, y no un corpus ideológico o doctrinario en concreto. La nueva ultraderecha contribuye a todo ello mediante la apropiación del arsenal ideológico de la izquierda, y más en especial de la Nueva Izquierda surgida en torno a Mayo del 68.

Dado que toda revolución genera su propia contrarrevolución o versiones opuestas de la misma, en el denominado “mayo, francés”, rojo y negro, también hubo lugar para un “mayo blanco”: una nueva hornada de ultraderechistas y neofascistas que salieron a la calle asumiendo sin complejos el estilo de la izquierda radical, hasta el punto de dar lugar a una cierta “ultraderecha antisistema”, que incluía sincretismos como el “anarcofascismo” o el “nazimaoísmo” y rechazaba el hegemonismo de las corrientes tradicionales.

La segunda generación de la nueva ultraderecha y la que surgió del vuelco vivido en el 68, afianzaron la Nueva Derecha, que eclosionó a lo largo de los años setenta y tuvo mucho de fenómeno generacional, en palabras de su máximo adalid, el académico y teórico francés Alain de Benoist. La Nouvelle Droite, que surgió como un think tank para el debate regeneracionista de la derecha radical, superando el pasado del fascismo, nazismo y ultraderecha postbélica en general, abrió toda una constelación de formulaciones, propuestas y revisiones que serían de las que bebería el joven Alexandr Dugin, el constructor de la nueva ultraderecha rusa.

En esencia, la Nueva Derecha recuperaba la propuesta de la “revolución conservadora”, ya formulada en la Alemania de los años de entreguerras, más precisamente por Hugo von Hofmannsthal en 1927, pero también, de formas variadas por Ernst Jünger –uno de los autores preferidos de Dugin– en la revolución nacional; y el “nacional-bolchevismo” o “fascismo rojo” de Ernst Niekisch o Karl Otto Paetel. Todo ello como una forma de reaccionar ante la decadencia de Occidente, leit motif recurrente a lo largo del siglo XX.

En realidad, la misma dicotomía izquierda-derecha estaba superada –en perjuicio de la izquierda– y lo que sucedía era que la ultraderecha estaba haciendo uso del arsenal ideológico de su rival en beneficio propio. Y eso ocurría en Alemania con AfD, en Francia con el Frente Nacional de Marine Le Pen, en Holanda con el Partido por la Libertad de Geert Wilders, en el Reino Unido con el UKIP pero también a diversa escala, mayor o menor, en otros países del Viejo Continente. El mensaje de fondo era siempre el mismo: la izquierda histórica está moribunda, la nueva ultraderecha “populista” es también la nueva izquierda. Porque sólo el nacionalismo extremo, con su determinación, organización y apoyos puede revertir la globalización, terminar con la recesión y evitar otra nueva en el futuro. De ahí el apelativo de “extrema necesidad” con el que se le ha llegado a tildar³.

El régimen ruso, con su política exterior de influencia y apoyo a los partidos antisistema en general y ultraderechistas en particular, contribuyó a impulsar esa escalada. Y no solamente con respaldo financiero o político directo. Moscú dio, sobre todo, empaque internacionalista al fenómeno. Salvini, Marine Le Pen, Tsipras, Berlusconi, eran todos ellos “amigos” de Putin, no un conjunto de políticos o estadistas aislados en su radicalismo. Como se publicitaba en RT, “Le Pen se alegró del triunfo de Tsipras” en las elecciones griegas. En la eficacia de esa maniobra se mezclaban la añoranza de muchos analistas por el simplismo interpretativo de los tiempos de la Guerra Fría –cuando “los rusos” parecían estar detrás de cualquier conspiración– con el recuerdo del “oro de Moscú” en los años treinta del siglo pasado cuando la Comintern, paradójicamente, apoyaba la internacionalización de la izquierda.

Todo parecía sencillo de explicar y por ello tuvo un gran impacto en la imaginación popular. La confusión resultante ayudó todavía más. En algunos países apoyar a Rusia durante la guerra del Donbass pasaba por ser un gesto “antifascista” o de “izquierdas”. Hasta el punto de que algunas unidades de voluntarios comunistas internacionalistas formaban junto a otras de ultraderechistas llegados de todos

3 “La `nueva derecha y la unidad de España: las claves del resurgir de Jiménez Losantos”, por Carlos Barragán, en: *El Confidencial*, 6 de enero, 2019 [consultable en red].

los rincones del mundo y rusos, que hermanaban la efigie de Stalin con las SS bajo el *kolovrat* o símbolo neofascista pagano utilizado por los neofascistas rusos o ucranianos.

Si por un lado la “confusión rusa” se extendía eficazmente, ahora se le añadía la “confusión americana”, esto es, la influencia de la triunfante campaña de la Alt Right o “derecha alternativa” que iba a llevar a Donald Trump a la presidencia de los Estados Unidos en 2017. En apariencia, el estilo americano sólo alcanzaba al mundo anglosajón, es decir, de forma más específica al ámbito político británico. Sin embargo, iba más allá por cuanto su radio de acción no sólo era puramente político sino también cultural. Esto es: en el sentido de crear una cultura de la ultraderecha que podía llegar a cualquier país de una forma u otra. Porque el hecho era que el ascenso de la nueva ultraderecha no sólo era una cuestión de programas políticos más o menos fantasiosos, de políticos en campañas electorales y de debates parlamentarios. Se había ido erigiendo toda una nueva corriente de opinión que en buena medida surgía de la tergiversación y el parasitismo de la cultura de la izquierda radical y alternativa.

A ello contribuyó ampliamente la estrategia desarrollada por Alain de Benoist consistente en generar una nueva derecha alternativa que parasitó con éxito algunas de las ideas de la nueva izquierda alternativa surgida de mayo del 68. La guinda en el pastel fue la apropiación de ideas de Gramsci más o menos tergiversadas. Alain de Benoist estudió su obra y entresacó con habilidad una estrategia que, medio siglo más tarde, empezaría a dar resultados en Europa y América:

“En las sociedades desarrolladas, no es posible la toma del poder político sin la previa captura del poder cultural [...] El “paso al socialismo” no pasa ni por el putsch ni por el enfrentamiento directo, sino por la subversión de los espíritus. El premio de esta “guerra de posiciones”: la cultura, que es el puesto de mando de los valores y las ideas. Gramsci rechaza a la vez el leninismo clásico (teoría del enfrentamiento revolucionario), el revisionismo estaliniano (estrategia del Frente Popular) y las tesis de Kautsky (constitución de una vasta concentración obrera). El “trabajo de partido”, pues, consistiría en reemplazar la “hegemonía de la cultura burguesa” por la “hegemonía cultural proletaria”. Conquistada por valores que ya no serán los suyos, la sociedad vacilará sobre sus bases. Y entonces será la hora de explotar la situación sobre el terreno político. De ahí el rol designado a los intelectuales: “ganar la guerra de posiciones por la hegemonía cultural”⁴.

La insistencia de la Nouvelle Droite en dejar de lado el debate sobre las razas para poner en el centro a las culturas⁵, poseía un valor estratégico: las

4 Alain de Benoist, “Antonio Gramsci - ‘Marxista independiente’”, en *Azpilicueta Center* [página web], sin fecha. Consultable en: <https://azpilicuetacenter.org/index.php/2017/02/03/alain-de-benoist-antonio-gramsci-marxista-independiente/>.

5 Alain de Benoist, “Contre tous les racismes”, en: *Éléments* n°8-9, 1974, publicado en: Groupement de Recherche et d’Études pour la Civilisation Européenne (GRECE), página web - <http://grece-fr.com/?p=3385>.

culturas eran el campo de batalla del poder. En el cambio de siglo, con los restos de la clase trabajadora convertidos despectivamente en *chavs*, o sustituida parcialmente por subproletariado de inmigración llegado de los cuatro rincones del mundo, la nueva ultraderecha pudo ya beneficiarse de una situación muy ventajosa. La reivindicación de la propia cultura –normalmente en un tono supremacista– se podía presentar como un acto perfectamente progresista que de paso difuminaba las diferencias de clase y reunía a todos bajo una misma bandera. También materializaba en una estrategia concreta el rechazo a la globalización, algo en lo que coincidían ultraderecha e izquierda radical, pero que ésta parecía incapaz de gestionar.

El acierto en la “reconversión” de Gramsci fue de tal envergadura que no sólo la ultraderecha del siglo XXI lo reivindicó: incluso la derecha conservadora lo hizo. El número de Enero / Marzo de 2017 (nº 53) de *Cuadernos de Pensamiento Político FAES*, órgano oficial del Partido Popular español (PP), dedicaba ocho páginas a una entrevista sobre Gramsci a cargo del profesor italiano Franco Lo Piparo, autor de un conocido ensayo sobre ese autor. En ella, el experto reclamaba un ejercicio de madurez para “revisar sin prejuicios ideológicos” la vida y obra de Gramsci⁶.

Durante la Gran Recesión e incluso antes, la apropiación de la herencia de la izquierda radical por el ultranacionalismo y la derecha dura les aportó “respetabilidad progresista” a ojos de muchas personas que creían en la eficacia de una tendencia política capaz de cambiar las cosas y detener la profesión del neoliberalismo triunfante en la Guerra Fría, que estaba llevando al mundo a la globalización y la crisis. Por otra parte, y gracias a la reivindicación de Gramsci y otras figuras de la izquierda, la Nueva Derecha había logrado revestirse de una honorabilidad que difuminaba la turbia relación con el pasado fascista o nacional-socialista de los años treinta y cuarenta del siglo XX.

Posfascismo, esquizpfascistas y fake progressives

Esa tendencia se agudizó más dramáticamente conforme la izquierda en general fue perdiendo posiciones, presencia e ideas en Europa. La incapacidad de dar una respuesta genuina a la Gran Recesión de 2008 hizo el resto. En poco tiempo, el extenso tejido de clases medias o trabajadoras en crisis, sin poder apoyarse en un Welfare State en deconstrucción, naufragaron en el marasmo de la despolitización generado por veinte años de neoliberalismo triunfante.

La política económica marco dependía de las orientaciones de matriz neoliberal procedentes de la UE; el discurso político venía sustituido por el control de la narrativa desde los poderes fácticos, dando lugar al “pensamiento único” ya descrito por Herbert Marcuse en *El hombre unidimensional* (1964), en base a “un discurso poblado de hipótesis que se autovalidan y que, repetidas incesante y monopolísticamente, se tornan en definiciones hipnóticas o dictados”. La forma que tomó ese pensamiento único iba más allá de la formulación precisa que le dio Ignacio Ramonet en 1995⁷: no se circunscribió a la preeminencia de la instancia económica neoliberal sobre la política, sino que a través de las redes sociales se implantó en el universo cotidiano de la población, regulado por la omnipresente corrección política. El pensamiento único ofrecía opciones y variantes ante las que el ciudadano se “posicionaba” pero sin añadir apenas debate. El concepto “like” de Facebook, extendido a otras redes sociales dio lugar al “clickactivismo” por el cual todo se reducía a dar o no dar like; o, todo lo más, empeñarse en micro debates de un número limitado de caracteres por mensaje: 140 en Twitter (originariamente) ampliados más tarde a 280.

6 “Okupa Gramsci: la derecha española quiere adoptar al pensador de cabecera de Podemos”, por Carlos Prieto en: *El Confidencial*, 23 de enero, 2017 [consultable en red].

7 Ignacio Ramonet, “La pensée unique”, *Le Monde Diplomatique*, Janvier 1995, pag. 1.

A fin de desviar el pensamiento único de los asuntos cotidianos y sublimarlo en causas de gran alcance moral –un poco en la línea de lo que sería un “pensamiento de cruzada”– las acciones humanitarias en escenarios internacionales se introdujeron en todos los hogares como compromisos irrenunciables. Los escenarios eran escogidos. Durante unos años fueron Bosnia o Kosovo (y mucho menos Macedonia en 2001, por ejemplo); o bien Afganistán, Libia en 2011 o Siria. Ese humanitarismo no era cuestionable, al menos en los escenarios escogidos –lo que no ocurría en otros, como el Congo, por ejemplo. La idea de que ese humanitarismo pudiera ser una coartada del nuevo imperialismo tenía muy escasa circulación editorial o en prensa⁸. Esa tendencia tuvo su clímax en la denominada R2P o “Responsabilidad de proteger”, apoyada por todos los estados miembros de las Naciones Unidas en 2005.

Sin embargo, conforme se deterioraban las campañas de intervencionismo humanitario –el primer patinazo tuvo ya lugar en 1993, en Somalia– y las oleadas de refugiados procedentes de la guerra en Siria y Afganistán provocaron un rechazo frontal en 2015, en los países de Europa del Este, la nueva ultraderecha colocó en primera línea de su arsenal dialéctico el rechazo al derecho de acogida, a la multiculturalidad, y en conjunto se marcaron las diferencias entre población con y sin derechos de ciudadanía en los estados-nación. Esta fue la base de la caracterización teórica del posfascismo que elaboró extensamente el politólogo húngaro Gáspár M. Tamás a partir de 1989⁹. La globalización implicaba la actualización de una vieja práctica presente en el capitalismo histórico: la generación de una reserva permanente de mano de obra barata, que bien podía ser itinerante o permanecer en sus países de origen en espera de las inversiones de libre capital circulante.

Esa nueva dinámica de explotación requería que quedaran bien claros los límites entre la masa de inmigrantes, sus formas y tiempos de integración (o no) y la ciudadanía. Y en esa dinámica se fueron generando distinciones que limitaban el respeto a los derechos humanos universales, que ahora pasaban a ser una concesión del régimen, del gobierno, del soberano, y no ya un derecho universal. “Cortar la comunidad cívica y humana en dos: esto es fascismo”, en palabras de Tamás.

En efecto, la distinción entre ciudadanía con derechos o sin derechos, llevó al Holocausto de los judíos y otras comunidades bajo el Tercer Reich. La muerte cívica fue seguida de la muerte física. Pero en la Posguerra Fría, a partir de 1991, esa distinción no sólo era utilizada por los neofascistas, sino también, en sus muy diversas variantes, por muchos otros sujetos políticos en los más diversos momentos. Esa es la filtración del posfascismo en los

8 Jean Bricmont, *Humanitarian Imperialism. Using Human Rights to Sell War*, Monthly Review Press, New York, 2006.

9 Tamás publicó versiones cada vez más ampliadas de su caracterización del posfascismo. Una bastante completa se encuentra en: G. M. Tamás, “What is Post-Fascism?”, en: *Open Democracy*, 13 September 2001.

medios de las sociedades democráticas, en los Parlamentos, en los debates públicos, en las leyes aprobadas por mayoría, en el lenguaje y conceptos manejados en redes sociales. Según Tamás:

“El posfascismo no necesita soldados de asalto ni dictadores. Es perfectamente compatible con una democracia liberal anti-Ilustración que rehabilita la ciudadanía como una concesión del soberano en lugar de un derecho humano universal. Confieso que le estoy dando un nombre grosero aquí para llamar la atención sobre su flagrante injusticia. El posfascismo es históricamente continuo con su horrible predecesor solo en parches. Ciertamente, el antisemitismo de Europa Central y Oriental no ha cambiado mucho, pero no es central. Dado que el posfascismo rara vez es un movimiento, más bien simplemente un estado de cosas, administrado tan a menudo como no por los llamados gobiernos de centro-izquierda, es difícil de identificar intuitivamente. Los posfascistas no suelen hablar de total obediencia y pureza racial, sino de la superautopista de la información”¹⁰

Con todo, la distinción social entre ciudadanos con más y menos derechos se extendió a diversos colectivos, en buena medida como consecuencia de la desaparición del discurso de lucha de clases de la izquierda y por efecto de la presión neoliberal cuya cultura aportó o hizo énfasis en nuevas distinciones. Por ejemplo, una de las justificaciones para las “guerras humanitarias” o intervenciones en conflictos de la periferia del centro capitalista fue la etnificación, concepto difícil de definir –la etnia no posee entidad de nación pero sí que puede sustituir a clase social incorporando cierto componente social– pero que podía emparentar fácilmente con la religión como elemento primario de identificación nacional. El carácter “histórico” de los conflictos étnicos y religiosos, que supuestamente tenían mala o difícil solución, justificaban “intervenciones humanitarias” para mantenerlos perpetuamente congelados y relegaban su resolución por la vía política o incluso revolucionaria. Pero sobre todo, aportaban una lógica determinista a los conflictos sociales que estaba en la base de una supuesta irresolución crónica, que sólo podía solucionarse mediante métodos drásticos o por su aislamiento territorial.

Esta argumentación explícitamente “no izquierdista” o “no socialista” se fue trasladando así a otros debates y guerras culturales etiquetados a priori como progresistas abriendo a veces la puerta a la argumentación posfascista. Estudios como los de Didier Lestrade¹¹ o Sara R. Farris¹² nos acercaron en su día al borde de las brechas homo y feminacionalista, que en realidad se basan en la misma lógica posfascista de generar identitarismos más y más exclusivos que se enfrentan entre sí en las denominadas “guerras culturales” que implican, una vez más, la fragmentación de la comunidad cívica y humana en torno a mayores o menores cuotas de derechos.

Cabe decir que la ruptura del discurso histórico de superioridad moral de la izquierda basado en la lucha de clases no es producto del posfascismo, pero parece evidente que éste se aprovecha de la desintegración ideológica de la izquierda; y lo hace con todo el descaro y la agresividad que desplegaba hace medio siglo la izquierda alternativa. Un bloguero de la Alt Right, escribió en 2015:

La izquierda ganó cuando se hizo con el control de los medios de comunicación y del ámbito académico. Con internet han perdido el control del relato¹³

En consecuencia, con la izquierda inerte y paralizada, la nueva ultraderecha puede permitirse utilizar incluso sus símbolos ya desposeídos de contenido ideológico. Recurrir al retrato o el nombre de Stalin,

10 Ibídem.

11 Didier Lestrade, *Pour quoi les gays sont passés à droite*, Éditions du Seuil, 2012

12 Sarah R. Farris, *In the Name of Women's Rights. The Rise of Femonationalism*, Duke University Press, 2017.

13 Andrew Marantz *Antisocial: La extrema derecha y la 'libertad de expresión' en internet*. Capitán Swing libros, 2021; Edición de Kindle.

añadiendo la hoz y el martillo, al servicio de reivindicaciones nacionalistas, sin más digresiones o reivindicaciones políticas marxistas, es algo que ya hicieron los nacionalbolcheviques de Limonov, y que en realidad juega a favor de la expansión de las actitudes posfascistas. O demandar de forma airada “libertad de expresión” para postulados posfascistas, como si se tratara de retórica antisistema de izquierdas¹⁴.

A partir de aquí, tanto la Alt Right americana como la ultraderecha europea se han permitido mantener vivo el espantajo del “marxismo cultural” como gran enemigo a batir –como si siguiera vigente la situación socio-política de los años sesenta o setenta del siglo XX– cuando de hecho el causante de ello era el hedonismo de gran consumo, un fenómeno que es herencia directa de la misma dinámica de las sociedades turbocapitalistas y más específicamente neoliberales, y que traduce la desintegración del conservadurismo cultural¹⁵.

Otra forma más perversa que adopta la fermentación del posfascismo son las manifestaciones del denominado “esquizofascismo”, eso es, calificar de fascistas a los adversarios políticos de los verdaderos fascistas. Esta dinámica, definida y explicada por Timothy Snyder en su conocido ensayo *El camino hacia la no libertad* (2018) parte de Rusia, donde después de la desintegración de la URSS surge una ultraderecha que utiliza con eficacia buena parte de la dialéctica soviética. Al ser esa potencia la vencedora del nazismo, la propaganda del régimen desaparecido hizo que para muchos ciudadanos, “fascista” significara “anti-ruso”. A partir de aquí, tanto para Aleksandr Dugin como para Aleksandr Projánov, pasando por Serguéi Gláziev, los enemigos de Rusia eran fascistas por definición¹⁶.

La figura del “fake progressive” viene a ser el final de ese camino, un término imbricado en la panoplia de las particulares definiciones de la dicotomía izquierda-derecha en la política estadounidense.

Inicialmente se atribuyeron tal denominación un grupo de anarco-libertarios americanos que se consideran realmente progresistas, en respuesta irónica al movimiento de los Real Progressives agrupados entorno al republicano de Texas Ron Paul, durante su campaña de las presidenciales en 2012. Pero con el tiempo, la derecha dura hizo suyo el término para descalificar al falso progre. Barack Obama, como primer presidente de color en los Estados Unidos, Hillary Clinton que pudo haber sido la primera mujer presidente o Ed Murray, uno de los primeros alcaldes negros, fueron de-

14 Andrew Marantz, ibídem. Vid. asimismo: Byung-Chul Han, *La desaparición de los rituales. Una topología del presente*, Herder, 2020.

15 Pablo Stefanoni, *¿La rebeldía se volvió de derechas? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)* Siglo XXI Eds, 2021. Vids. pags. 51-53.

16 Timothy Snyder, *El camino hacia la no libertad*, Galaxia Gutenberg, 2018; vid. pp. 156-158.

nunciados en su día como políticos que toman una postura progresista a partir de su propia condición, pero hacen una política poco coherente con ella¹⁷.

En consecuencia, la ultraderecha otorgando cualificaciones de progresismo, pretendiendo conectar o incluso suplantar a la ultraizquierda. La figura del *fake progressive* forma parte de la ofensiva de la Alt Right americana para desposeer a la izquierda de la superioridad moral y se inscribe en toda una amplia serie de actitudes y campañas de la ultraderecha americana que han derivado en una verdadera cultura en la cual se confunden extravagancias eficaces como el “leninismo de derechas” que propugnaba, un movimiento ultra muy agresivo a caballo de las redes sociales –la denominada “cultura chanera”– y la victoria de Donald Trump en las elecciones de 2017.

Todo ello nos demuestra que la evolución de la nueva ultraderecha en los últimos veinte años constituye un fenómeno complejo, difícil de seguir y estudiar, muy centrado en ocupar el espacio que dejó libre la izquierda desde comienzos del siglo XXI. El resultado final es un verdadero ambiente de confusiones radicales en el cual la ultraizquierda residual echa mano de todo lo que puede, soñando en recuperar apoyo social y presencia política, mientras la ultraderecha busca afianzarse como la alternativa mayoritaria mediante el entrismo en otros partidos. O, quizá ni siquiera eso, sino que termine por prevalecer una indefinición política generalizada, en la cual un posfascismo rampante se haya terminado por instalar como opción política de fondo en todos los arcos parlamentarios.

En ese ambiente, el sentido del voto de las masas podría quedar caracterizado de forma generalizada en un sentido similar a como lo hizo Josef Joffe, director del diario alemán *Die Zeit*, en 2017 refiriéndose a los resultados cosechados por Alternativa para Alemania: “Sólo un 34% de los votantes de AfD se inclinaron por el partido por convicción. Más del doble votó por ellos por simple decepción con los partidos establecidos. La misma lógica era aplicable al resto de Europa. Esta reacción se podía resumir en la actitud del ‘nos sentimos traicionados y abandonados’”. Su resumen era que “la ira vence a la agenda política”. Joffe explicaba: “Su rechazo contra los discursos políticamente correctos y la compasión hacia las minorías, aproximándose a un racismo hasta ahora tabú, es de derechas. El clamor por la protección de las clases sociales más bajas es de izquierdas. La ansiedad que le provoca la inmigración y la globalización, junto a hostilidad hacia Bruselas, es tanto de izquierdas como de derechas”¹⁸.

Con todo, desde hace un cierto tiempo viene quedando en evidencia que el principal peligro para la democracia no son tanto las formaciones políticas concretas de ultraderecha, o los líderes autoritarios; ni siquiera los ideólogos o influencers. El problema real es la filtración de las actitudes y decisiones posfascistas en las sociedades, en la política y la administración de los países democráticos, y además asumida por todos con creciente normalidad. Con el tiempo, podríamos terminar viviendo en regímenes sólo democráticos en su fachada, vacíos de contenido real y ejerciendo políticas sociales despiadadas aplaudidas por la mayoría. Y como en la fábula de la rana en el agua caliente, si nuestras sociedades se aclimatan a las condiciones cambiantes muy lenta e insidiosamente, asumirán esos cambios. La creciente presencia de la vigilancia, el peso creciente del “pensamiento único”, la expansión del identitarismo en sus formas más variadas, el vaciado de las ideologías tradicionales, la distorsión de las actitudes tenidas hasta ahora por progresistas, la cultura de la cancelación y tantos otros fenómenos característicos de nuestra era contribuyen a esta situación, de la cual ya existen evidentes síntomas de continuidad.

17 “Fake Progressives”, by Nada Elia, in: *Mondoweiss*, May 1, 2017 - <https://mondoweiss.net/2017/05/fake-progressives/>.

18 “¿Por qué sube la ultraderecha en Europa mientras la socialdemocracia se muere?”, por Josef Joffe en *ElDiario.es* [en colaboración con *The Guardian*], 7 de octubre 2017 [consultable en red].

Para muestra, un botón. En diciembre de 2018, el gobierno del Partido Liberal Danés, en coalición con el Partido Popular Conservador y apoyados por los ultras del Partido Popular Danés propusieron la creación de un centro de confinamiento de inmigrantes bajo sospecha en la diminuta isla de Lindholm y casi inaccesible que es, de hecho, un antiguo centro dedicado a la investigación de enfermedades animales contagiosas. “Nadie los quiere en Dinamarca, y así lo sentirán”, escribió en Facebook la ministra de Inmigración danesa, Inger Støjberg¹⁹. Tres años más tarde, el gobierno socialdemócrata danés alquiló trescientas celdas en Kosovo para deportar allí a reclusos extranjeros, inmigrantes, con el argumento de que las prisiones danesas están superpobladas. Según el ministro de justicia, Nick Haækkerup, “El acuerdo generará espacio en nuestras prisiones y aliviará la presión sobre nuestros funcionarios carcelarios, al tiempo que envía una señal clara a los nacionales de terceros países condenados a deportación: su futuro no está en Dinamarca y debe, por lo tanto, cumplir su condena fuera”²⁰ -declaraciones que son buena prueba de hasta qué puto la medida forma parte de las políticas de deportación encubierta de extranjeros diseñadas por los sucesivos gobiernos daneses en los últimos años.

19 “Dinamarca enviará a los inmigrantes indeseables a una isla”, por Martin Selsoe Sorensen en *The New York Times* (edición digital española), 5 de diciembre de 2018 [consultable en red].

20 “Dinamarca alquila celdas carcelarias en Kosovo”, Por Mercedes Arancibia, en: *Periodistas en español.com*, 24.12.2021 [consultable en red].